

VI

Lucha sin tregua en Tehuantepec

1858-1859

Cobos y sus oficiales, seguidos de escasa tropa, verificaron su huida de Oaxaca por Miahuatlán; atravesaron la serranía de Huamelula y llegaron á Tehuantepec, entre cuyos habitantes tenían grandes simpatías, dado el carácter retrógrado que por aquel entonces distinguía á los istmeños fanatizados por el clero.

A virtud, pues, de los auxilios que al relacionado jefe se impartieran, y de la gente, sin organización, pero numerosa, que se le agregó, entre la cual se veían grupos sin más armas que el gran cuchillo de monte que usan los labradores en aquella región; á virtud de ello, pronto pudo contar con una masa de unos 3.000 hombres, dotados con cuatro piezas de artillería, que clavadas habían abandonado antes en Tehuantepec las fuerzas liberales, por falta de elementos de transporte, pero las cuales puso el jefe reaccionario en estado de servicio.

En tales condiciones, fué necesario al gobierno de Oaxaca mandar abrir campaña contra aquellas fuerzas. El general Díaz, á este respecto, dice en su Autobiografía:

«Reorganizado Cobos por la decidida protección que encontró en Tehuantepec, amenazaba al gobierno de Oaxaca, el cual se vió obligado á mandar prontamente una columna que fuera en su persecución, y cuyo mando encomendó al coronel D. Ignacio Mejía. Esta columna se componía de setecientos hombres, poco más ó menos, y se formaba de las compañías de cazadores y granaderos del primer batallón de guardia nacional del Estado, mandadas por su teniente coronel licenciado don José María Ballesteros; de las compañías de granaderos y cazadores del segundo batallón, mandadas por mí como capitán de granaderos; de las compañías de granaderos y cazadores del tercer batallón, mandadas por su teniente coronel D. Alejandro Espinosa; de una sección de artillería de montaña, mandada por el teniente D. Nabor Bolaños, y de un escuadrón de guardia nacional, mandado por el teniente coronel D. Miguel Luna.»

En su marcha á Tehuantepec, la columna enunciada destruyó con su vanguardia á una avanzada del enemigo, en el rancho llamado «Las Vacas.»

Tras de referir con detalles ese incidente, se dice en la Autobiografía:

«Seguimos la marcha, y al pasar por la hacienda de San Cristóbal, tuvimos noticia de que el enemigo se movía de Tehuantepec para encontrarnos; y en efecto, el 25 de Febrero de 1858, antes

de llegar al pueblo de Jalapa, comenzamos á ser tiroteados por sus avanzadas, que se replegaron á dicho pueblo. Atacamos allí vigorosamente á su núcleo principal, que estaba en el convento y en dos montículos inmediatos, y fué completamente derrotado, pues no pudo resistir el empuje de nuestros soldados, que venían orgullosos de su reciente victoria en Oaxaca. El combate fué muy reñido, pues duró más de una hora.

»Cobos y sus oficiales emprendieron la fuga por el camino de Jalapa á Huamelula, en donde pernoctaron ese día, después de haber hecho una marcha muy rápida y muy penosa. Como el coronel Mejía había dado aviso de esa retirada á los juchitecos, partidarios del gobierno, que habían ocupado ya á Tehuantepec, aprovechando el abandono que de esa plaza hizo Cobos para salir á nuestro encuentro, una partida de dichos juchitecos se puso velozmente en marcha por corto camino de travesía, para el rancho del Garrapatero, lugar por donde Cobos debía pasar. Llegó en efecto antes que él, y sin ocupar la habitación del rancho, se emboscó en el monte y encerró en el corral un buen número de vacas de ordeña, para provocar el apetito de los prófugos, que poco á poco debían pasar por allí, y seguramente con hambre. Así sucedió: al amanecer del día 26 de Febrero, y cuando más de cuarenta personas de las que huían con Cobos, casi todas eran jefes y oficiales, estaban desmontadas y ocupadas en ordeñar las vacas, los juchitecos rodearon el corral y dieron muerte á todas. Cobos, D. Manuel González y otros oficiales se salvaron por no haberse detenido en el rancho. Entre los muertos había algunos curas, que seguían á Cobos en calidad de simpatizadores.

»Continuó Cobos su marcha por toda la costa hasta San Pedro Mixtepec, en donde, inclinándose al Noroeste, atravesó la Mixteca en esa dirección y salió á Tehuacán para unirse con los suyos, que ocupaban la capital y algunas ciudades del centro de la República.

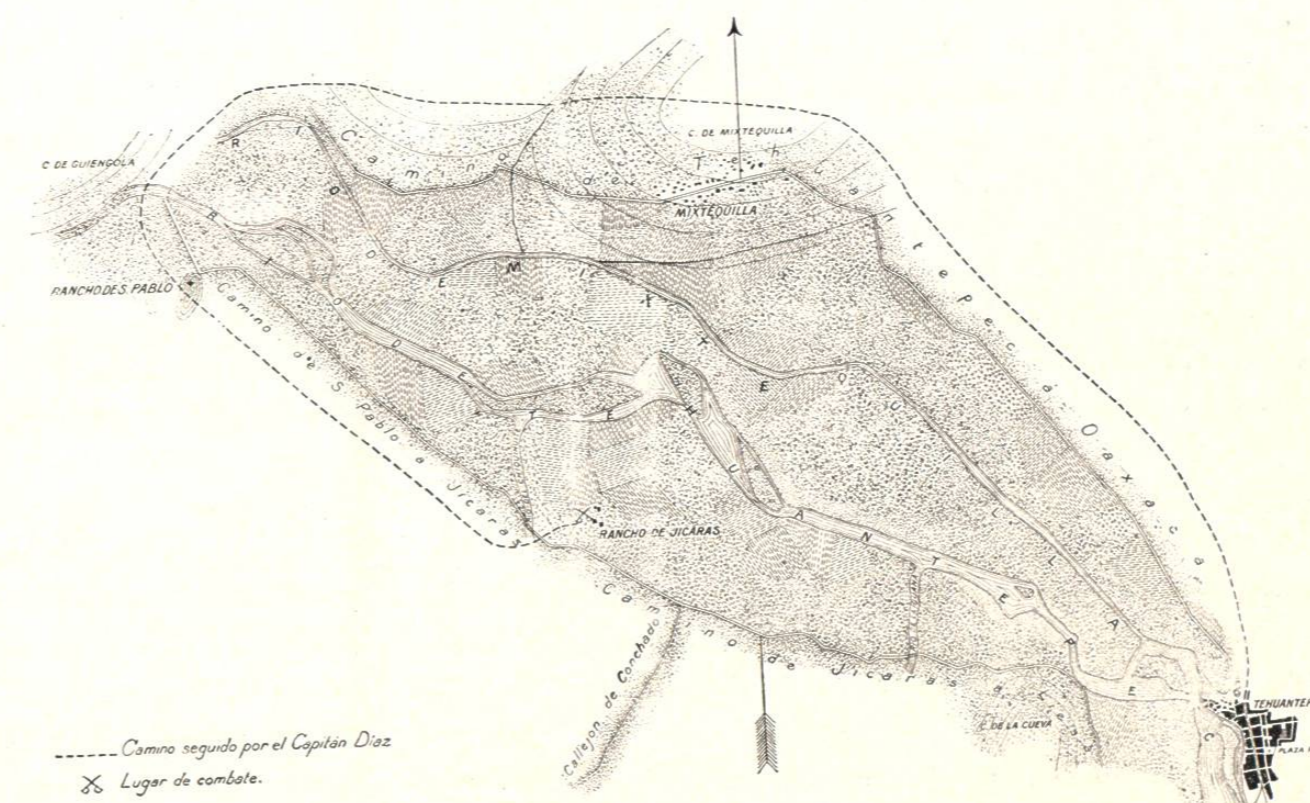
»En cuanto á nosotros, después de tres días cargamos á nuestros heridos y materiales quitados al enemigo, y emprendimos la marcha para Tehuantepec, en donde el coronel Mejía se ocupó de reorganizar el gobierno del departamento.

»Permanecimos unas tres semanas en Tehuantepec é hicimos algunas salidas en persecución de las agrupaciones del enemigo, que pululaban por todos rumbos; salidas que no tuvieron éxito, porque gente del terreno como era la que perseguíamos, se nos escapaba por los espesos é intrincados montes del istmo.

»Entretanto, el coronel Mejía recibió orden de volver con la brigada á Oaxaca, dejando un destacamento en Tehuantepec, y se le prevenía que obrara rápidamente, porque tenía que marchar á Veracruz por la sierra para servir de escolta al presidente Juárez, que venía por el Pacífico y el istmo de Panamá, á fin de establecer el gobierno constitucional en la expresada plaza de Veracruz. El coronel Mejía nombró gobernador y jefe militar del departamento de Tehuantepec al teniente coronel Ballesteros, que era el más antiguo entre los jefes con mando de fuerza; pero éste presentó muchas excusas, llegando hasta anunciar su dimisión. Hizo la misma proposición al teniente coronel don Alejandro Espinosa, y habiendo obtenido idéntico resultado, me habló de este asunto, rodeando su indicación de muchos encomios, ofreciendo que pronto vendrían eficaces auxilios en mi favor, y que antes de dos meses estaría él mismo de regreso, con una columna, para protegerme.

»Manifesté al coronel Mejía que mi deber era obedecerle; pero autorizado por la explicación que bondadosamente me hacía respecto á la debilidad del enemigo, y para que mi aceptación, hija del deber, no se atribuyera á ignorancia, le llamé la atención sobre el hecho de que, de los 3.000 hombres que Cobos nos presentó en Jalapa, no habían huído con él arriba de 100, y que habían sido

muerdos en la acción unos cincuenta; que tampoco nos había dejado más de cien fusiles en el campo; que, por consiguiente, todas las armas y todos los hombres estaban en los pueblos y montañas del Istmo, y que, si no se ponían en actividad, era por lo reciente de su derrota y por la presencia de la columna que él mandaba; pero que una vez retirada ésta, y pasada la primera impresión de su desastre, se reorganizarían y constituirían un enemigo superior á la guarnición con cuyo mando se me honraba; que, por otra parte, debía suponerse que las autoridades, tanto de la ciudad como de los pueblos del departamento, fueran más afectas al enemigo que á nosotros, por causa de su fanatismo religioso y su hostilidad á Oaxaca. Le manifesté, por último, que sin embargo de estos serios peli-



ACCIÓN DE LAS JÍCARAS

gros, obedecía y aceptaba el mando que se me ofrecía, y que haría cuanto estuviera en mi poder para sostener allí la autoridad y la honra del Gobierno.

»Fuí, pues, nombrado gobernador y comandante militar del departamento de Tehuantepec, y quedaron á mis órdenes las dos compañías de mi batallón, cuyo mando se me había encomendado desde Oaxaca, y cuyo personal no pasaba de ciento sesenta hombres.»

Alto era el concepto en que se tuviera al capitán Díaz, cuando entre los subalternos, visto que los jefes superiores no se atrevían á ponerse al frente de una situación tan difícil como la expuesta, entre todos, á él se escogía; y él, siempre viril, con grande ánimo aceptaba y se disponía á resistir sobre sí cuanto de tremendo ofrecía el amenazante futuro, en un lugar remoto, separado de todo auxilio y rodeado de enemigos.

Pronto las nubecillas dispersas cubrieron y ennegrecieron el cielo, y se deshizo la tempestad sobre la cabeza de aquel capitán, que más se erguía y se iluminaba con sus relámpagos y truenos.

No bien las tropas del coronel Mejía se alejaron de Tehuantepec, cuando partidas del enemigo empezaron á acosar á la reducida guarnición liberal allí establecida; y hoy la tiroteaban cien ó dos-

cientos hombres, desde los suburbios, dispersándose luego en los bosques; mañana se atrevían hasta las calles céntricas con mayor número de fuerza, y así la situación cada día se hacía más tirante para el jefe, sin recursos, por otra parte, con que atender debidamente á su tropa; siendo sus encubiertos enemigos hasta las propias autoridades subalternas, y sin embargo, dominando á fuerza de energía é ingenio semejante estado de cosas; y acaparando municiones de guerra y subsistencias, como le era dable, satisfacía las necesidades del momento, hora tras hora.

Siete procelosas semanas fueron así pasando, y en la segunda del mes de Abril (1858), una noche, la del día 12, de modo más serio el enemigo se aproxima á la ciudad, estableciendo su cuartel general al otro lado del río que la población limita, en la hacienda de «Las Jícaras,» distante unos dos kilómetros de la plaza.

De suponerse era que hasta el siguiente día, 13, la fuerza contraria no daría principio á sus hostilidades. Así lo conjeturó el capitán Díaz, y desde luego concibió un brillante, peligroso plan de combate, que sin pérdida de tiempo, favorecido por la noche, puso en ejecución.

Al cuidado del cuartel deja un pequeño destacamento, á las órdenes del teniente Juan Omaña, protegido por un grupo de hombres armados del barrio de San Blas, único barrio amigo entre los quince que formaban la ciudad; y con el grueso de su fuerza, por veredas excusadas, recorriendo á paso veloz la mayor parte del camino, marcha á tomar la retaguardia del enemigo, hasta rebasar en tres ó cuatro kilómetros sus posiciones, con objeto de caer sobre él por sorpresa, y por el rumbo donde fundadamente era de creerse que no se cuidaba. Sin embargo, ya á la espalda del campo contrario, á lo largo de una brecha, se mira una luz como fuego de un vivac, que hacía presumir un puesto del enemigo; y entonces, de pronta providencia, entre el ramaje de los lados de la brecha, Díaz, con cuatro oficiales, se adelanta veloz, sorprendiendo sin ruido y aprisionando á cuatro hombres que hacían el servicio de seguridad, al calor de la lumbre.

Tras esto, sin perder tiempo, la marcha de la columna se precipita; y á los inciertos albores del día, cae destrozando, haciendo fuego, como encendida bomba, sobre la espantada muchedumbre de los contraños, que en su mayor parte dormían. Se miran los grupos apelonarse aquí y allá; sueñan los fusilazos; se oye la gritería; mas la débil resistencia de los pocos que se hallaban en servicio, pronto cesó, y el sol del 13 de Abril iluminó, al ascender sobre el horizonte, á los victoriosos que levantaban el campo.

Tanta mayor importancia tuvo ese hecho de armas, cuanto que en él sucumbieron los jefes más capaces que el enemigo tenía para organizar elementos de revolución en Tehuantepec, como eran el coronel José María Conchado, de origen español y carlista; el teniente coronel José María García, el coronel Carballo, y además muchos oficiales.

Carballo fué asesinado á poco del asalto por los dispersos compañeros suyos, quienes se imaginaron en su suspicacia que habían sido traicionados por ese jefe, que estaba de servicio al sufrirse por los derrotados la sorpresa.

El triunfo de «Las Jícaras» valió á Porfirio Díaz su ascenso á Mayor de la guardia nacional de Oaxaca.

Un periódico de ese Estado refirió la acción, dirigiendo merecido encomio al que tan brillantemente la concibiera y ejecutara; y la señora madre del capitán Díaz, á quien en Oaxaca se entregó el despacho de Mayor para su hijo, fijó en él el recorte del citado periódico. Después, ese despacho con aquel recorte, puesto por las benditas manos de la madre, ufana con los triunfos del hijo, ha sido

conservado por éste, y con razón, como una preciosa reliquia, que habla silenciosamente, cuando se la mira, del amor y abnegación de la que, ausente y dolorida, tenía espíritu bastante para enorgullecerse por los triunfos del soldado cuyo corazón formara.

El general Díaz, cuando habla de la reliquia que guarda, se conmueve.

La victoria obtenida en «Las Jícaras,» mejoró la situación del gobernante de Tehuantepec; pero no podía haber sido decisiva: ella se obtuvo contra unos 400 hombres, y más de 2.000, repartidos en guerrillas, hacían la guerra en el Istmo. Así, pues, la lucha seguía sostenida por la reducida tropa liberal, y era necesario que su jefe inspirara como inspiraba, á esa tropa, el valor que se dilata en los peligros, que se enaltece y los domina; la sublime abnegación para sufrir las penalidades, para soportarlas con resignación, sin sentir rebajada la disciplina.

Los tehuantepecanos apuraron, con sus innumerables guerrillas, el sistema de sorpresas y emboscadas; mas ante el mayor Díaz, imperturbable con el puñado de los que supo hacer bravos y sufridos, aquel oleaje retrocedía. Casi dos años se sostuvo esa situación, en que tuvieron lugar encuentros varios sin importancia militar, pero que habían agotado á los pocos que los soportaban ó los provocaban en veloces expediciones, según lo exigían las circunstancias, siempre apremiantes, en el aislamiento del istmo de Tehuantepec, abrasado por el aliento de su clima fatigante.

Tomemos, de lo escrito por el general Díaz, algunos párrafos que demuestran el estado de cosas á que nos referimos. Dicen así:

«Mi situación en Tehuantepec era extraordinariamente difícil, pues estaba incomunicado con el Gobierno, sin más elementos que los que yo podía proporcionarme, en un país belicoso y enteramente hostil. Teniendo que sostener casi diariamente un combate con el enemigo, la fuerza de mi batallón había disminuido considerablemente. Yo no estaba atenido más que á ella y á unos cincuenta hombres del pueblo de *miges* de Santiago Guevea, que pertenecía al departamento de Tehuantepec. Cuando necesitaba mayor fuerza, podía disponer de cien ó doscientos hombres armados y municionados de Juchitán, quienes me servían solamente por pocos días, y á quienes pagaba su haber correspondiente, lo que significaba un sacrificio, dada mi escasez de todo recurso.

»Los caminos estaban ocupados por el enemigo, y no podía transitarse por ellos, porque se robaba á los pasajeros. Para recibir la correspondencia de Oaxaca, tenía que salir con una fuerza armada. Estas excursiones las hacía casi semanariamente, y en ellas tenía que alejarme á veces hasta veinticinco leguas de la ciudad de Tehuantepec.

»Mis únicos amigos en ella eran el cura fray Mauricio López, dominico, istmeño de nacimiento, hombre bastante ilustrado, de ideas liberales, de muy buen sentido y muy estimado entre los indios; el juez, que era D. Juan A. Avendaño, antiguo vecino de la ciudad de Tehuantepec, y comerciante muy relacionado allí, tío de D. Matías Romero; y D. Juan Calvo, relojero y administrador de correos, también relacionado. Sin estas amistades, que me prestaron muy oportunos y distinguidos servicios, y sin una policía secreta que establecí, hubiera ignorado absolutamente cuanto pasaba en mi derredor, porque todos me eran hostiles, y por lo mismo mi situación habría sido insostenible.

»Ella, de suyo difícil, se agravó á fines del año de 1858, porque el gobierno del Estado no me mandaba ningún recurso, ni aun el reemplazo de los hombres que yo perdía. Consideré indispensable hablar con el gobernador del Estado, para describirle mi situación, con objeto de remediarla.

»Gran parte de los soldados que me quedaban, estaban conmigo por afecto personal. Un día marché con ellos de Tehuantepec, y llegué hasta San Carlos Yautepec, como si se tratara de una de

tantas expediciones periódicas que hacíamos para proteger el correo. Ya allí les informé de la situación y del propósito que tenía de ir á Oaxaca, ofreciéndoles que no les abandonaría, sino que estaría de vuelta á su lado antes de cinco días.»

Y así lo hizo el entonces teniente coronel Díaz; pero diremos lo que él no expresa en los apuntes de su vida que copiamos: para hacerlo, para volver, tuvo que desgarrar su corazón; la autora de sus días moría á su llegada á Oaxaca, y los brazos dolientes de la madre enferma, que lo llamaban en la agonía, no le detuvieron; corrió á donde el deber le daba cita, y aun no se incorporaba con sus bravos, que todo lo esperaban de él, cuando la señora expiraba, mandándole sus últimas bendiciones y aprobando su proceder espartano. ¡Tal era la madre de semejante hijo!

Pero en su Autobiografía, sencillamente dice: *volví en efecto.*

«Volví en efecto antes de expirar el plazo, después de haber arreglado en parte mis dificultades con el Gobierno, pues tan sólo conseguí que el gobernador mandara un refuerzo de tropa á las órdenes del coronel D. Cristóbal Salinas; pero esta fuerza estuvo conmigo únicamente dos semanas y regresó á Oaxaca, dejándome en peor situación de la en que me encontró. Me dirigí por escrito entonces al señor Juárez, que estaba en Veracruz, y en respuesta me remitió dos mil pesos, de que fué conductor el teniente coronel D. Francisco Loaeza, siendo ésta una de las pocas ocasiones que recibí auxilio pecuniario del Gobierno.

«La amistad de los juchitecos, mis aliados, no era muy sólida ni estaba basada en principios, sino en su rivalidad con el pueblo de Tehuantepec. Esto, y los antecedentes del carácter impresionable y voluble de los juchitecos, me inquietaba. Efectivamente, su impresionabilidad se mostró claramente en un pronunciamiento que tuvo lugar en Juchitán contra el general Santa Anna, á fines de 1854, acaudillado por Cristóbal Salinas. Pocos días después de haberse ellos pronunciado, volvieron á someterse é intentaron entregar á Salinas, quien con trabajo logró escapárseles; pero no así su secretario, á quien aprehendieron y entregaron al general Torrejón, que mandaba las fuerzas del Gobierno en Tehuantepec. El pobre secretario fué fusilado, y este hecho, no esperado por los mismos que lo aprisionaron, los exaltó y los determinó á contra-pronunciarse de nuevo, y á volver á proclamar á Salinas como su jefe, todo lo cual pasó en el término de dos días.

«Cuando se retiró el coronel Salinas se empeoró grandemente mi situación, porque los citados juchitecos comenzaban á entenderse con los sublevados de Tehuantepec, entre los cuales estaba el jefe Antonio Abad López, que era su paisano. Por fortuna, un incidente inesperado vino á disipar este grave peligro.

«El día 1.º de Enero de 1859, siguiendo su costumbre, concurrieron centenares de familias juchitecas á la fiesta de año nuevo que se celebra en Tehuantepec; y esparcida con toda intención la noticia de que yo había dado municiones de fusil á los juchitecos, y que esas municiones iban distribuidas en las carretas en que regresaban sus familias para Juchitán, los sublevados las asaltaron en el regreso de la fiesta. Oportunamente ocurrió á su defensa, no sólo con tropas juchitecas, sino con las dos compañías de mi batallón, habiendo hecho mis pocos soldados grandes estragos en los asaltantes. Los perseguimos hasta meternos en una laguna en que nos llegaba el agua á la mitad del cuerpo, y en donde ellos se habían refugiado, creyendo sin duda que allí no les seguiríamos.

«Considerando que ésta era una buena oportunidad para afianzar por la gratitud á mis sospechosos aliados, seguí escoltando el convoy de sus familias, á pie, hasta cerca de Juchitán, en donde me alcanzó mi ordenanza con mi caballo. Pasamos la noche en aquella ciudad, y convoqué á una

reunión popular, para hacer presente al concurso la necesidad de exterminar de una vez á los pronunciados. Por este medio, preparado con los antecedentes expuestos, logré que se alistaran como dos mil hombres, que distribuí en pequeñas fracciones, para hacer una batida á todo el territorio del departamento. Así se verificó, y esto dió muy buenos resultados, porque en esa batida perecieron



PLANO DE LA CAMPAÑA DE TEHUANTEPEC

varios de los sublevados, se recogieron algunas armas, y sobre todo, se imposibilitó por completo la temida mancomunidad de acción de los juchitecos con los tehuantepecanos.»

A mediados del año 1859, el mayor Díaz, que debido á sus poderosos esfuerzos, al fin había obtenido ventajas y extendido su radio de acción militar y administrativa, efectuaba ya con menos dificultades su campaña. Veamos lo que en su Autobiografía dice en lo relativo á esa época:

«En Junio de 1859 sorprendí al enemigo en la Mixtequilla y lo seguí persiguiendo hasta el ran-

cho de los Amates, en donde trató de hacerse fuerte; pero con poco esfuerzo lo derroté por completo, haciéndole algunos muertos, entre ellos su jefe, que era el mayor Espinosa. Esta acción, aunque de poca importancia en sí, me valió el ascenso á teniente coronel, decretado por el gobierno del Estado, que entiendo se inspiró más bien en el deseo que tenía de ascenderme que en el resultado de la acción expresada.»

El general Díaz, al escribir este concepto, quiere olvidar el mérito de la tremenda y larga brega anterior, que lo hiciera acreedor á mayores premios que al de un tardío ascenso á teniente coronel. Pero sigamos su relato:

«El 6 de Septiembre del mismo año,—prosigue,—sorprenbí de nuevo al enemigo en el pueblo de Jalapa, causándole serios destrozos, y el 2 de Noviembre siguiente en Tequisixtlán. En la acción de Jalapa murió el teniente Irene Cartas, hermano de Benigno Cartas, quien figuró en los sucesos posteriores.»

A pesar de lo expuesto, no obstante que aplastaba al enemigo donde lo hallaba, una nueva complicación vino á crear imprevistas dificultades al gobernante y al soldado. Dice él en su Autobiografía, refiriéndose á tal complicación, lo siguiente:

«A consecuencia de haberse publicado en el departamento de Tehuantepec las leyes de Reforma, de 12 y 13 de Junio de 1859, y las de 27 del mismo mes, que establecían el matrimonio y el registro civil, expedidas por el gobierno federal residente en Veracruz, el pueblo de Juchitán las consideró como un ataque á la religión y se pronunció contra el gobierno de Oaxaca. Como el barrio de San Blas de la ciudad de Tehuantepec, el pueblo de Guevea y el de Juchitán eran mis únicos aliados, no podía prescindir de éste, ni estaba bastante fuerte para aceptar su reto; y por lo mismo, al tener noticia de su pronunciamiento, me dirigí á dicho pueblo, acompañado del cura liberal fray Mauricio López, de un ayudante y un ordenanza.

»Al llegar, dejé á mis acompañantes en los suburbios y entré solo, con el propósito, para en cierto modo garantizarme, de introducirme de improviso en la casa de D. Alejandro de Gives, antiguo vecino y rico comerciante francés, que estaba muy apreciado y bien relacionado en el lugar, pues llevaba el proyecto de llamar allí á los cabecillas y procurar entenderme con ellos; pero antes de llegar á la casa encontré una partida de pronunciados, ebrios y armados, quienes al verme, y considerándome como enemigo, por haberse ellos levantado contra el Gobierno á quien yo servía, se preparaban para hacerme fuego, cuando logré contenerlos, al expresarles que, como amigo que yo era de ellos, iba á acompañarlos y á seguir su suerte. Entramos en conversación y fuimos á la plaza del pueblo, en donde logré calmar el temor que tenían de que hubiera llevado fuerza armada, diciéndoles quiénes eran los que me acompañaban, y á quienes fueron á recibir para cerciorarse de que no llevaba tropa.

»Una vez en la plaza, y calmados ya, persuadidos de que había ido yo solo, les explicó fray Mauricio, en lengua zapoteca, que la ley del registro civil en nada afectaba la religión; y que, si eso fuera así, él habría sido el primero en tomar las armas en defensa de la fe. A media peroración de fray Mauricio, propuso Apolonio Jiménez, uno de los cabecillas de Juchitán, que algunos años después asesinó á mi hermano Félix, que nos mataran desde luego á fray Mauricio y á mí, porque de otro modo llegaríamos á convencer al pueblo de que habían hecho mal en pronunciarse y el triunfo sería nuestro. Uno de los ancianos, que son allí muy respetados, regañó y castigó severamente á Jiménez, lo cual permitió á fray Mauricio que terminara su peroración, y que sucediera lo que el citado Jiménez

había predicho: esto es, que se convencieran de que habían obrado mal y convinieran en volver al orden. De esta manera logré salvar una de las más graves dificultades que tuve en el istmo de Tehuantepec.»

¡Qué escuela, la escuela de Porfirio Díaz! Se forjó en el fuego, se modeló en la lucha á muerte, á la que llevó la audacia temeraria y el valor de los tiempos legendarios.

El encrespado mar de las dificultades de Tehuantepec, con sus traidores escollos y oleajes bravos, respetó al grupo escultórico que formaba el teniente coronel Porfirio Díaz, gobernador y comandante militar del departamento, sostenido por los aguerridos, abnegados soldados de las dos compañías del segundo batallón de Oaxaca. Pero habremos de verle algunos días más, luchando sobre esa tierra abrasadora, en cuyas costas se rompen, á un lado, las ondas del Pacífico, y al otro las del Océano Atlántico.

¡Dos océanos, en medio un promontorio, sobre él un grupo de guerreros, y encima la tempestad!

